

## EL HIJO

### I

La señora Ligier se había despertado bien emocionada aquel día, que marcaba una fecha solemne en su existencia de viuda y de madre. Hacía precisamente dos años que, a los treinta y tres, había perdido a su esposo, arrebatado en plena juventud por una pleuresía fulminante, a una carrera de abogado que prometía ser magnífica. Y hacía seis semanas que un compañero de Colegio del difunto, Jorge Foucault, abogado como él, y su rival en estrados, pero un rival amigo, había osado decir a la joven viuda:

—Hace mucho tiempo, señora, que tengo hacia usted un sentimiento cuya verdadera naturaleza no he comprendido hasta la desaparición de nuestro pobre Pedro, y cuando usted ha estado libre... Yo creo haberla probado mi respeto, mi culto por usted, no sólo por mi silencio entonces, sino después. Ahora puedo confesarle que sin usted en mi vida no hay nada interesante. Usted a su edad tiene el derecho, el deber casi, de rehacer la suya. No es ser infiel al

pasado considerarle como pasado, con una honda piedad que no impida aceptar el presente y mirar el porvenir... ¿Podré esperar, señora, que si alguna vez se decide usted a reanudar su vida, pensará que tiene cerca un amigo devoto, sincero, cuya más grata ilusión sería consagrarse enteramente a usted... ¡Ah! ¡Señora, la amo!... Es la primera vez que me permito expresarle mis sentimientos... No tiene usted más que pronunciar una palabra y ésa será la última... Pero no la pronuncie sin concederme el honor de reflexionar... Una sincera afección, como la que yo ofrezco, es algo, a pesar de todo... No la pronuncie en seguida...

— ¿Rehacer mi vida?...—replicó la señora de Ligier, con voz temblorosa y los ojos bajos. La declaración de Foucault acababa de conmoverla hasta lo más íntimo de su ser. No quería contestar directamente, incapaz de emitir aquella palabra de negativa cuya amenaza había él conjurado, y también incapaz de pronunciar el «sí» que aquél imploraba inmediatamente y desde el primer momento.

— ¿Rehacer mi vida?—repitió ella. Luego, mirándole con una hermosa mirada franca y, sin embargo, triste, agregó:

— ¡Mi vida no puede rehacerse!... Me habla usted de derecho y de deber... Yo no conozco más que un derecho: el que mis hijos tienen sobre mí; ni más que un deber: el que tengo para con ellos.

— Pero ¿no sabe usted que también a ellos, a sus tres hijos, les quiero yo?—había dicho Foucault—. ¿Y quién podría reemplazar a su padre junto a ellos, más que el compañero de su juventud que mejor le conoció, que mejor sabe sus ideas, sus gustos, lo que él hubiera deseado para su hija y sus hijos?... No lo conoce usted misma, Catalina?...

Era preciso que la evidente emoción de la señora

de Ligier revelase el secreto consentimiento de su corazón para que él la llamase por su nombre, a través de cuyas sílabas había pasado todo su respeto y todo su amor. Con sus dos manos había cogido las de ella, temblorosas, que no se retiraron, y su acento se hizo aún más tierno, más apasionado, para implorar:

— ¿Quiere usted permitirme reemplazar a aquel padre? ¿Quiere usted ser mi esposa?...

— ¡Déjeme!...—había gemido ella, encontrando ahora fuerza para desasirse. Y dolorosamente:

— No me diga más... ¡Hablándome, acaba usted de hacerme tanto mal!... Yo no sé nada. No comprendo nada. No veo claro en mí... No me guarde rencor—había agregado, turbada por la expresión del semblante de Foucault—. Le hago sufrir, pero no es culpa mía. Le repito que en este momento no comprendo... Más tarde reanudaremos esta conversación; ahora no puedo...

— Esperaré su respuesta el tiempo que usted quiera—respondió Jorge. Después, desmintiendo inmediatamente su propia promesa y volviendo a coger los menudos dedos de aquella mujer cuya fiebre era una confesión, había dicho, con esa cálida insistencia de los amantes que adivinan que su audacia no desagrada:

— Si usted no me responde desde ahora no, es que quizá entrevé una posibilidad de contestar sí. ¿Es que duda?... Esa vacilación me es grata por un lado... La incertidumbre es la esperanza... Mas por otro, me es dura. Estar incierto es temer también, y cuando no se es muy joven, esos temores consumen tanto el corazón!...

Al decir esto mostraba su cabello, todavía negro, aunque los cuarenta años comenzaban a poner en él algunas hebras de plata, y la señora de Ligier pudo

leer en sus pupilas oscuras aquel ardiente reproche del hombre que comienza a calcular su parte de felicidad en la tierra y que sabe que los goces perdidos no vuelven más.

— Sí— continuó él—, esperaré esta respuesta todo lo que usted quiera. Pero me será muy dura. Sería una caridad fijar un límite a este martirio. Tendría valor por soportarlo todo si ante mí tuviera una fecha fija, un punto hacia el cual caminará diciéndome: «Ese día sabré...» Catalina, elija usted misma esa fecha. Aléjela cuanto a usted le plazca, y de aquí allá me comprometo a no hablarla de ese proyecto, que, sin embargo, será mi pensamiento único... Usted verá cómo obedezco. En cambio, sea usted buena... deme un plazo. ¿Cuándo me responderá usted?...

— Pues bien—balbuceó la señora de Ligier, con voz ahogada—: cuando mi luto haya terminado, completamente terminado... Entonces le contestaré... Antes, de ningún modo, y puesto que usted dice que me ama, mantenga su palabra desde ahora, como yo cumpliré la mía... No insista más...

Foucault comprendió que era sincera: sincera en aquel compromiso de responderle; sincera en su remordimiento de abandonarse a sueños de porvenir, cuando no tenía más que mirarse al espejo para que el negro de su vestido evocase inmediatamente el pasado. Por eso había obedecido a esa súplica, no sin antes intentar que desapareciera todo equívoco en aquella promesa, señalando un día.

— ¿Entonces será dentro de seis semanas, el 16 de abril?—dijo él.

Catalina inclinó la cabeza, y ambos permanecieron en silencio. Era un 15 de abril, veintidós meses antes, cuando Pedro Ligier había sido arrebatado por la muerte. Era el 17, cuando se había verificado el entierro y el féretro había abandonado aquel mismo

apósito. El amante no pudo menos de hacer mentalmente un cálculo, cuya crueldad sintió apenas proferidas aquellas palabras. Idéntica impresión experimentó la viuda. ¡Ayl! Continuar viviendo, es siempre traicionar un poco a los muertos. «¿Y yo he sido tu amigo? ¿Y tú has sido mi mujer?» El fantasma del marido, evocado rápidamente por el recuerdo inconscientemente cruel del día de su muerte, habría podido lanzar aquella queja como un reproche a esos dos seres tan leales mientras él viviera. Ya no vivía, y acababan, él, de preferir, y ella, de escuchar palabras de amor, la realización de las cuales estaba ciertamente permitida. Después, el ausente estaría más ausente todavía, más abismado en la nada insondable...

Las seis semanas pasaron, y aquella impresión de un fantasma erguido súbitamente entre el antiguo amigo y la antigua esposa no había vuelto a amargar sus entrevistas, que se hicieron casi diarias. Jorge había tenido la prudencia de no permitirse nunca la más ligera alusión a la promesa solemne ni a su querida esperanza. Había tenido la delicadeza, al acercarse el 15 de abril, de abandonar París, de manera que la señora de Ligier pudo rendir a la memoria del padre de sus hijos los piadosos deberes impuestos por su aniversario, sin que ningún remordimiento se mezclase a su emoción tierna, sí; pero tan diferente ya de la angustia que siguió a la catástrofe... El 16 llegó una carta de Foucault anunciando su regreso y su visita para el día siguiente. Catalina leyó y releyó aquel mensaje discreto todavía. Entre líneas, sus dulces ojos azules habían adivinado una nueva imploración, siempre respetuosa y siempre apremiante. Involuntariamente, y sorprendida ella misma, había llevado a sus labios el papel, al que su escritura daba vida para ella, como si fuera una persona. En voz alta dijo:

— Sí, será que sí. Es sí.

¿Por qué entonces se despertaba aquella mañana, tan agitada y tan conmovida? ¿Qué había pasado entre el momento en que su boca besaba el billete de Foucault y aquel en que, acodada sobre el almohadón de su cama, miraba, con pupilas quietas, que la alegre llama de la esperanza no iluminaba? Cuando su doncella descorrió las cortinas y abrió las ventanas, un raudal de viva luz había invadido la estancia que, situada en la calle Vaneau, daba al inmenso jardín de la Embajada de Austria, que se extiende desde la calle de Varenne a la de Babilonia. El azul del cielo resplandecía. Los pájaros cantaban. La primavera del ambiente se armonizaba tan bien con la situación en que se encontraba aquella mujer joven, que parecía que todo su ser debiera florecer. El traje mismo, de color claro, que la camarera había llevado, la invitaba a dichosos pensamientos. ¿Por qué se ensombrecía su frente a medida que la aguja avanzaba sobre el cuadrante del péndulo? ¿Por qué seguía pensando en lugar de levantarse, como si temiera que aquel día iba a traerla algo de misterioso y temible?...

## II

Cuando la señora de Ligier hablaba de sus deberes maternos, no se lo había confesado todo al hombre que solicitaba tan tiernamente, tan gravemente, substituir al padre de sus hijos. No le había dicho que uno de ellos, el mayor, Carlos, era para ella, desde hacía unos meses, el principio de una preocupación que se iba haciendo dolorosa. Jamás el hijo y la madre habían cambiado una sola palabra

respecto a Jorge Foucault. Este trataba familiarmente al mozalbete que había visto nacer, lo mismo que al menor, René, y a la pequeña Elena. Pero mientras los cinco años del niño y los diez de la chiquilla respondían a la afección del amigo del padre muerto, con una ingenua simpatía donde no quedaba lugar para sombrá alguna, los diez y seis años de Carlos conservaban un no sé qué de impenetrable y de hostil, de lo cual Foucault parecía no apercibirse. Al contrario, en los últimos tiempos había redoblado su afectuosa solicitud hacia el adolescente, taciturno y pálido. La señora de Ligier había notado bien aquel proceder de Jorge para con su hijo y le estaba por ello agradecida; pero veía allí una prueba más de que su instinto no la engañaba. La alegre mañana de aquel día de abril, el día de sus esponsales, ciertos ya en su pensamiento, mentalmente no hacía más que devanar la misma idea. ¿Cómo anunciaría a su hijo su matrimonio con Foucault?

— Yo debía de haberle hablado durante estas seis semanas, sondearle... No he podido... En presencia suya, estoy como ante su padre, al que tanto se parece: me siento acobardada, paralizada... Sin embargo, Jorge tiene razón.

El llamar de esta manera a ese hombre, en su corazón, era una prueba evidente de que le amaba. Sí. Le amaba con uno de esos sentimientos indefinibles que son los más dolorosos, porque tienen bastante fuerza para que combatirlos sea un suplicio; pero no la suficiente para que todo ceda ante su ímpetu soberano. Y continuaba:

— Sí, Jorge tiene razón. Tengo el derecho de rehacer mi vida. No robo nada al que ya no existe. No robo nada a los hijos que él me ha dejado, puesto que Jorge los quiere... Los dos pequeños comprenderán esto ingenuamente. Carlos, también, cuando refle-

xione. Ahora tiene esa intransigencia de los jóvenes que creen que uno puede inmovilizarse en el pasado. No es posible... ¡Ah! hice mal en no hablarle ayer... Pero habíamos ido al cementerio. Acabábamos de colocar flores sobre la tumba de su padre. ¡Cómo le amabal... Es verdad que instantánea, milagrosamente, se ha hecho un hombre...

En su recuerdo fulguró el lecho donde yacía su marido muerto. No hubiera tenido más que abrir la puerta para verle realmente en la habitación que comunicaba con la suya. Recordó al hijo mayor, de pie, a su lado, teniendo las manos de los otros dos huérfanos. Un surco se marcó en su frente joven, que ya no se borró en aquellos dos años. Una resolución estaba fija en sus labios precozmente silenciosos, que no habían reído nunca con la risa descuidada que es dichoso privilegio de su edad. Seguramente, ante el lecho fúnebre de su padre había pronunciado un voto que explicaba su asiduidad en el cumplimiento de sus deberes y su esfuerzo visible en el trabajo. En las clases que seguía en el Liceo de San Luis, su calificación subía de mes en mes. En todas ocupaba el primer lugar. Sin duda alguna, se había comprometido en su conciencia a reemplazar cerca de los suyos al protector desaparecido, ser el jefe del hogar acéfalo. ¿Cómo no iba a estar impresionada la madre por aquel encantador heroísmo familiar, adivinado en su hijo? ¿Cómo no iba a aterrorizar a la mujer, que proyectaba dar otro jefe a aquel hogar, el acordarse del varonil fervor del primogénito? Y en el momento de la resolución suprema, luchaba contra aquel terror...

— ¿En qué podría contrariar la resolución de Carlos, si verdaderamente la ha tomado, la entrada en nuestra casa de un hombre de corazón? Es por interés de su hermano y de su hermana por lo que él

desea tan ardientemente llegar a ser alguien. Luego él mismo conoce que les es necesario alguien. Ese alguien yo se lo proporciono, dándoles a Jorge por segundo padre... Es demasiado vacilar... Inmediatamente, cuando vuelva del colegio, querrá besarme como todas las mañanas. Yo le hablaré. Juro que le hablaré...

En este vaivén de ideas había pasado el tiempo, y la aguja iba a marcar las diez. Cincuenta minutos más, y Carlos, que salía del colegio a las diez y media, estaría allí. Cuatro horas más, y Jorge Foucault aparecería a su vez. Como sucede en esos momentos de íntimo desorden en que las más pequeñas resoluciones entretienen la espera, la señora de Ligier se reprochó su pereza y comenzó a ocuparse en su tocado con tanta diligencia como si estuviese apresurada por una obligación imperiosa. Acababa de colgar a su cuello la cadena de que pendía su reloj, y de ceñirse sus pulseras, abandonadas hacía dos años, cuando un golpe dado a la puerta la sobresaltó, anunciándole la presencia de aquel a quien no podía menos de considerar como un juez. ¡Y, sin embargo, ella no era culpable!... Era, efectivamente, Carlos, quien se detuvo un segundo como paralizado en la puerta abierta, en lugar de entrar.

— ¿Qué tienes?—le preguntó ella, angustiada por la expresión súbitamente alterada de su rostro.

— Nada—respondió él—. Al pronto me sorprendí... Estoy tan acostumbrado a verla de negro... Pero es verdad... Nuestro luto ha terminado...—Involuntariamente, la madre se miró en la amplia luna y vio su silueta de un gris tenue y claro que combinaba graciosamente con sus rubios cabellos, y contrastaba con el traje, todavía severamente oscuro, del colegial. Su voz temblaba para responderle, desviando en seguida la conversación:

UNIVERSIDAD DE MONTERREY  
BIBLIOTECA  
1925 MONTERREY, MEXICO

— ¿Estás hoy contento de tu profesor? ¿Cómo estaba tu trabajo?... — Y en voz baja se decía: — Esperaré aún un poco. Está demasiado conmovido de verme así... Todavía habrá tiempo, después del almuerzo...

### III

Lo que hay particularmente pungente en los dramas domésticos es que se desarrollan entre ocupaciones sencillas, apacibles, en un ambiente habitual, a través de esa monotonía de las cosas que el vocabulario burgués define por la expresión vulgar, pero exacta: el trajín de la existencia. Aunque el abogado dejó al morir, gracias a afortunadas colocaciones de dinero y a un importante seguro, una fortuna considerable, la señora de Ligier no había dejado nunca, más desde su viudez que antes, la minuciosa administración de su casa, tradicional en la clase media francesa. Por afligida que estuviese ante la perspectiva de aquella entrevista con su hijo, ahora imposible de aplazar, había, según su costumbre y tan pronto como salió del dormitorio, comenzado a recorrer las habitaciones, colocando ella misma en el salón una figura que no estuviera en su sitio, tocando con sus delicados dedos las hojas de las plantas verdes para cerciorarse de si estaban regadas, dando con un ademán cuidadoso un pliegue más conveniente a una cortina. De esta manera llegó al comedor, donde el criado acababa de poner la mesa. Durante los dos años que pasaron desde la muerte del jefe de la familia, el sitio que él ocupaba en la mesa seguía vacío. Primero fué una especie de piedad completamente natural; y como en la primera época, la

señora de Ligier no recibía más que parientes muy cercanos, ese rito funeral se había conservado fácilmente. En una ocasión que había invitado a algunos amigos, trató de interrumpirle; pero eso precisamente había motivado una pequeña escena con su hijo Carlos, quien, la víspera del día que debía celebrarse aquella cena íntima, habló el primero, demostrando así la obsesión de su pensamiento:

— ¡Qué contento estaría mañana el pobre papá, él que quería tanto a sus amigos!... Pero yo estoy seguro de que él ve desde allá arriba que no tocamos su puesto, y que eso le consuela un poco. Es como si no nos hubiera abandonado...

La madre no respondió nada, y el contagio de ese escrúpulo la había impedido aprovecharse de aquella ocasión tan indicada para quebrantar una costumbre que revelaba una exaltación en el recuerdo, muy diferente de sus verdaderos sentimientos. Ella había dado la orden de que el asiento del difunto no fuese ocupado en esa primera comida. ¿Qué pretexto encontrar luego? ¿Cómo interrumpir una tradición evidentemente cada vez más santa para el hijo, cada vez más penosa para la madre, a medida que la imagen de Foucault se dibujaba más en su corazón? Pero aquella mañana, y tan cerca de sus nuevos esponsales, a los que continuaba decidida, la presencia de aquel sillón colocado ante el blanco mantel se le hizo de pronto intolerable de una manera completamente física. La disposición de los cubiertos en la mesa, con un hueco en el sitio en que el muerto se sentaba en otro tiempo, fué como un reproche mudo contra el cual halló repentinamente en sí la fuerza que dentro de algunos instantes iba a verse obligada a desplegar contra los manifiestos reproches de su hijo. En uno de esos raptos de voluntad espontáneos y casi irreflexivos, que son en el orden moral el equi-

valente de los reflejos en el orden fisiológico, dijo al criado:

— Luis, en lo sucesivo no ponga el sillón del señor a la mesa. Ponga en su lugar a la señorita Monnerón.

Apenas hubo dado esta orden, cuando salió de la habitación con el paso rápido de una persona que acaba de ejecutar una cosa necesaria y demasiado dolorosa, para volver a ella toda temblorosa, media hora más tarde, con la señorita Monnerón, la institutriz, con Elena, René y Carlos. ¿Con qué gesto aceptaría éste aquel ligero golpe de Estado que la madre había llevado a cabo? Sí, muy ligero; pero ¿de qué gran significación! Era la primera escena del acto final: el que cerraba la viudez de la señora de Ligier. Tan bien lo comprendía ella, que se mantenía voluntariamente atrás acariciando con sus manos trémulas los rizos blondos de los cabellos de su hijo René... Carlos se paró. Miró la mesa. Miró a su madre. Se puso pálido; luego enrojeció. La señora de Ligier le vió, con un asombro que le hizo afluir la sangre a las mejillas, dirigirse hacia la silla colocada en el sitio reservado antes al padre, y no tuvo valor para repetirle a él lo que había dicho al criado, ni para instalar, por un segundo golpe de Estado, a la institutriz en aquel sitio, frente a ella, el sitio del jefe, y que pasa por derecho al primogénito. Un detalle aumentó su confusión: al coger con su mano el respaldo de la silla a fin de separarla para sentarse, Carlos la miró con ternura apasionada. A sus ojos asomaron lágrimas que no eran ni de indignación ni de cólera. ¿Era el agradecimiento lo que le conmovía así? Pero ¿de qué? De lo que él imaginaba sin sospechar la realidad. No reparó en la sorpresa del criado que miraba a su señora. No se fijó en que la servilleta que desplegaba no era la suya. El creía que su

madre le había concedido ese puesto en la mesa con una intención en la cual vió una respuesta a sus dudas más íntimas. Apenas si podía comer. ¡De tal modo palpitaba su corazón! ¡Tan oprimida estaba su garganta!

Tampoco la madre pudo comer. Aquel error, provocado por ella misma, se le presentó como una especie de fatalidad, casi como una prohibición del destino. Temió y deseó, todo a la vez, el fin de la comida y las palabras que Carlos iba a decirle, que ella adivinaba, que ella leía en sus labios. La comida terminó sin que madre e hijo se explicaran. El adolescente esperaba que la institutriz se llevara a sus hermanos. Al fin, la señorita Monnerón y los dos niños salieron. La madre y el primogénito quedaron solos. Carlos abrazó a su madre, y le dijo con llanto que no intentó reprimir y que bañó con su tibia humedad el rostro de la pobre mujer:

— ¡Oh! Gracias, mamá, gracias... ¡Sí! — agregó él sin darla tiempo para continuar—. Gracias por haberme señalado el puesto de mi padre en la mesa hoy que salimos del luto... No sabe usted cuánto bien me ha hecho, mamá. ¡Ah! Es necesario que la hable con toda franqueza—insistió—. Desde hace algún tiempo tenía tanto miedo.. ¡Oh! Perdóname...

Y en aquel tránsito del *usted* al *tú*, el arrebatado muchacho puso el fiero ardor de su religión filial, confortada por un equívoco.

— Sí, tenía miedo; miedo de que un día te asaltase la idea (no te enfades si te lo digo todo, ya que la pesadilla ha terminado) de que volvieras a casarte... Eres tan joven, tan bella, y he visto este año a tres madres de mis camaradas darles un segundo padre... Por eso, cuando me has colocado ahí hace un momento, frente a ti, en la mesa, he comprendido que habías leído en mí. Tú has querido decirme: «Reem-

plázale a la vista de tu hermana, de tu hermano, de mí...» Reemplazarle a él, tan inteligente, tan bueno, tan generoso, no podré. Pero te juro que lo intentaré...

Y mientras el hijo, tan reservado ordinariamente, descubría así, en un transporte de gratitud, la llaga escondida de su corazón, aquel culto idólatra a su padre muerto, aquel temor de que un extraño se introdujese en el hogar, la madre sentía como un frío de hielo corriendo por sus venas. La visión de una horrible evidencia rasgó el velo del porvenir. Si ella cedía a la pasión que el encanto radiante de sus treinta y cinco años había inspirado a Jorge Foucault; si dentro de algunos instantes respondía «sí» a su declaración, rompía para siempre con su hijo. Jamás este niño de sentimientos demasiado intensos, y para quien su padre permanecía tan vivo, admitiría la intrusión del segundo marido. El inevitable conflicto estaba como simbolizado en aquel pequeño incidente del puesto en la mesa. La madre debería, si pasaba por alto esta rebelión de su hijo, sentar al recién venido frente a ella, en las comidas, en aquel sillón del que Carlos se había apoderado con un fervor tan intenso para la memoria del antiguo ocupante. Pero pronto pensó que la sería imposible resistir la mirada del joven, expulsado de aquel sitio que de derecho era suyo, porque era el primogénito, el heredero del nombre y digno de serlo... En aquel momento, y en tanto que luchaba desgarrada de tal modo entre el porvenir y el pasado, entre sus deseos de mujer amante y su ternura de madre, un campanillazo, adivinado más bien que sentido a través de las puertas, la hizo desprenderse de los brazos de su hijo, que se estrechaba contra su pecho. No se había engañado. Algunos segundos después, el criado venía a preguntar si la señora podía

recibir a Jorge Foucault. Carlos hizo ademán de retirarse con una brusquedad que para ella era una confesión.

— Quédate—le dijo la señora de Ligier cogiéndole el brazo, imperiosa y dolorosamente. Luego, dirigiéndose al criado: —Diga al señor Foucault que me es absolutamente imposible recibirle, y que le escribiré.

Y cuando su hijo y ella quedaron otra vez solos:

— No—gimió, abrazándole de nuevo con arrebató—; no me casaré nunca. No os daré otro padre. No quiero que tú sufras por mí. No lo quiero... Vosotros me bastáis y yo os bastaré.

Aunque le doliesen las fibras más secretas de su ser, jamás había sentido una alegría más profunda. Al ver los ojos de su hijo mientras ella hablaba, se daba cuenta de que el instinto de aquel niño lo había comprendido todo.